

# Parroquia Espiritu Santo

12-13 de marzo de 2011

Riópar —Albacete



# Cua res ma

## Realidad parroquial

Esta semana hemos comenzado el Tiempo de Cuarsma, tiempo especial para la reflexión y en encuentro con nosotros mismos y con Dios.

Y, para esta reflexión personal, tenemos en esta semana que iniciamos la persona de San José, esposo de María y padre de Jesús. Su vida y su especial lugar en la historia de la Salvación, nos abren una puerta a la reflexión sobre la importancia de nuestro rol, también, en esta historia de la Salvación.

¿Cuál es nuestro rol? Como hijos invitados a vivir nuestra dignidad personal y particular. No debemos compararnos con nadie para ser mejores, pero sí aprender de los demás para alcanzar nuestra perfección.

San José no se comparó con María, ni quiso ocupar su lugar. Su aceptación a la Voluntad de Dios,

desde su silencio y entrega cotidiana le alcanzaron el título de Patrono de la Iglesia Universal, pues ha sido quien educó y acompañó el crecimiento como hombre del Hijo de Dios.

Por ello hoy busquemos, desde la persona de José nuestro lugar particular en esta Iglesia que formamos, en nuestra comunidad, y en nuestra familia.

San José nos muestra, también, el rol de ser padres: educar en los valores divinos y humanos, para que los hijos, como Jesús, crezcan en estatura y gracia delante de Dios y de los hombres.

Por ello en estos días rezamos de manera particular por todos los padres de familia, para que siempre tengan la fortaleza y sabiduría del Espíritu Santo para poder ser formadores de personas que crez-

can en valores humanos y cristianos para que siempre den testimonio del verdadero valor de la vida.

También este fin de semana tendremos al presencia de nuestro Padre Obispo, Don Ciriaco, quien nos visitará el sábado en la Misa de las 7 y el Domingo celebraremos con él la Misa en Riópar Viejo a las 12.30.

El sábado tendremos la Tómbola para seguir recaudando dinero para la compra de la imagen de San Juan Bautista.

Y, el domingo, luego de la Misa de Riópar Viejo, haremos con los niños una suelta de globos.

Compartamos todos la alegría de haber tenido padres que nos brindaron la vida y la gratitud por los que ya están en la Casa del Padre.

Con afecto y bendición.

*D. Fabián.*

## San José, el esposo de María

Obra de Francisco Fernandez, del libro [Hablar con Dios](#)

I. A todos los santos se les suele conocer por una cualidad, por una virtud en la que son especialmente modelo para los demás cristianos y en la que sobresalieron de una manera particular: San Francisco de Asís, por su pobreza; el Santo Cura de Ars es modelo del sacerdote entregado al servicio de las almas; Santo Tomás Moro se distingue por la fidelidad a sus obligaciones como ciudadano y por la fortaleza para no ceder en su fe, que le llevó al martirio... De San José nos dice San Mateo: José, el esposo de María<sup>1</sup>. De ahí le vino su santidad y su misión en la vida. Nadie, excepto Jesús, quiso tanto a Nuestra Señora, nadie la protegió mejor. Ningún otro ha gastado su vida por el Salvador como lo hizo San José.

La Providencia quiso que Jesús naciera en el seno de una familia verdadera. José no fue un mero protector de María, sino su esposo. Entre los judíos, el matrimonio constaba de dos actos esenciales, separados por un período de tiempo: los esponsales y las nupcias. Los primeros no eran simplemente la promesa de una unión matrimonial futura, sino que constituían ya un verdadero matrimonio. El novio depositaba las arras en manos de la mujer, y se seguía una fórmula de bendición. Desde este momento la novia recibía el nombre de esposa de... La costumbre fijaba el plazo de un año como intermedio entre los esponsales y las nupcias. En ese tiempo, la Virgen recibió la visita del Ángel, y el Hijo de Dios se encarnó en su seno; a



San José le fue revelado en sueños el misterio divino que se había obrado en Nuestra Señora y se le pidió que aceptara a María como esposa en su casa. “Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer (Mt 1, 24). Él la tomó en todo el misterio de su maternidad; la tomó junto

con el Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, demostrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de María, en orden a lo que Dios le pedía por medio de su mensajero<sup>2</sup>.

Esta segunda parte era como la perfección del contrato matrimonial y entrega mutua que ya se había realizado. La esposa -

## San José, esposo de María

según la costumbre era llevada a la casa del esposo en medio de grandes festejos y de singular regocijo<sup>3</sup>. Ante todos, el enlace era válido desde los esponsales, y su fruto reconocido como legítimo.

El objeto de la unión matrimonial son los derechos que recíprocamente se otorgan los cónyuges sobre sus cuerpos en orden a la generación. Estos derechos existían en la unión de María y de José (si no hubieran existido, tampoco se hubiera dado un verdadero matrimonio), aunque ellos, de mutuo acuerdo, habían renunciado a su ejercicio; y esto, por una inspiración y gracias muy particulares que Dios derramaría sobre sus almas. La exclusión de los derechos habría anulado el matrimonio, pero no lo anulaba el propósito de no usar de tales derechos. Todo se llevó a cabo en un ambiente delicadísimo, que nosotros entendemos bien cuando lo miramos con un corazón puro. José, virgen por la Virgen, la custodió con extrema delicadeza y ternura<sup>4</sup>.

Santo Tomás señala diversas razones por las cuales convenía que la Virgen estuviera casada con José en matrimonio verdadero<sup>5</sup>: para evitar la infamia de cara a los vecinos y parientes cuando vieran que iba a tener un hijo; para que Jesús naciera en el seno de una familia y fuera tomado como legítimo por quienes no conocían el misterio de su concepción sobrenatural; para que ambos encontraran apoyo y ayuda en José; para que fuera oculta al diablo la llegada del Mesías; para que en la Virgen fueran honrados a la vez el matrimonio y la virginidad... Nuestra Señora quiso a José con un amor intenso y purísimo de esposa. Ella, que le conoció bien, desea que busquemos en él apoyo y fortaleza. En María y José tienen los esposos el ejemplo acabado de lo que deben ser el amor y la delicadeza. En ellos encuentran también su imagen perfecta quienes han entregado a Dios todo su amor, indiviso corde, en un celibato apostólico o en la virginidad, vividos en medio del mundo, pues "la virginidad y el celibato por el Reino de Dios no solo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y de vivir el único Misterio de la Alianza de Dios con su pueblo"<sup>6</sup>.

II. En Nazareth se desposaron José y María, y allí tuvo lugar el inefable misterio de la Encarnación del Verbo de Dios. Con los desposorios, María recibió una dote integrada –según la costumbre<sup>7</sup>– por alguna joya de no mucho valor, vestidos y muebles. Recibió un pequeño patrimonio, en el que quizá habría un poco de terreno... Tal vez todo ello no montara mucho, pero cuando se es pobre se aprecia más. Siendo José carpintero, le prepararía los mejores muebles que había fabricado hasta entonces. Como ocurre en los pueblos no demasiado grandes, la noticia debió correr de boca en boca: "María se ha desposado con José, el carpintero". La Virgen quiso aquellos esponsales, a pesar de haber hecho entrega a Dios de su virginidad. "Lo sencillo es pensar -escribe Lagrange que el matrimonio con un hombre como José la ponía al abrigo de instancias, renovadas sin cesar, y aseguraría su tranquilidad"<sup>8</sup>. Hemos de pensar que José y María se dejaron guiar en todo por las mociones e inspiraciones divinas. A ellos, como a nadie, se les puede aplicar aquella verdad que expone Santo Tomás: "a los justos es familiar y frecuente ser inducidos a obrar en todo por inspiración del Espíritu Santo"<sup>9</sup>. Dios siguió muy de cerca aquel cariño humano entre María y José, y lo alentó con la ayuda de la gracia para dar lugar a los esponsales entre ambos.



Cuando José supo que el hijo que María llevaba en su seno era fruto del Espíritu Santo, que Ella sería la Madre del Salvador, la quiso más que nunca, "pero no como un hermano, sino con un amor conyugal limpio, tan profundo que hizo superflua toda cualquier relación carnal, tan delicado que le convirtió no solo en testigo de la pureza virginal de María -virgen antes del parto, en el parto y

después del parto, como nos lo enseña la Iglesia sino en su custodio"<sup>10</sup>. Dios Padre preparó detenidamente la familia virginal en la que nacería su Hijo Unigénito.

No es nada probable que José fuera mucho mayor que la Virgen, como frecuentemente se le ve pintado en los lienzos, con la buena intención de destacar la perpetua virginidad de María, pues "para vivir la virtud de la castidad, no hay que esperar a ser viejo o a carecer de vigor. La pureza nace del amor y, para el amor limpio, no son obstáculos la robustez y la alegría de la juventud. Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su Maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas"<sup>11</sup>.

Ese es el amor que nosotros –cada uno en el estado en el que le ha llamado Dios– pedimos al Santo Patriarca; ese amor "que ilumina el corazón"<sup>12</sup> para llevar a cabo con alegría la tarea que nos ha sido encomendada.

III. Los Evangelios nombran a San José como padre en repetidas ocasiones<sup>13</sup>. Este era, sin duda, el nombre que habitualmente utilizaba Jesús en la intimidad del hogar de Nazareth para dirigirse al Santo Patriarca. Jesús fue considerado por quienes le conocían como hijo de José<sup>14</sup>. Y, de hecho, él ejerció el oficio de padre dentro de la Sagrada Familia: al imponer a Jesús el nombre, en la huida a Egipto, al elegir el lugar de residencia a su vuelta... Y Jesús obedeció a José como a padre: Bajó con ellos y vino a Nazareth y les estaba sujeto...<sup>15</sup>.

Jesús fue concebido milagrosamente por obra del Espíritu Santo y nació virginalmente para María y para José, por voluntad divina. Dios quiso que Jesús naciera dentro de una familia y estuviera sometido a un padre y a una madre y cuidado por ellos. Y de la misma manera que escogió a María para que fuese su Madre, escogió también a José para que fuera su padre, cada uno en el terreno que le competía<sup>16</sup>.

San José tuvo para Jesús verdaderos sentimientos de padre; la gracia encendió en aquel corazón bien dispuesto y preparado un amor ardiente hacia el Hijo de Dios y hacia su esposa, mayor que si se hubiera tratado de un hijo por naturaleza.



# I Domingo de Cuarsma

## San José...

José cuidó de Jesús amándole como a su hijo y adorándole como a su Dios. Y el espectáculo -que tenía constantemente ante sus ojos de un Dios que daba al mundo su amor infinito era un estímulo para amarle más y más y para entregarse cada vez más, con una generosidad sin límites.

Amaba a Jesús como si realmente lo hubiera engendrado, como un don misterioso de Dios otorgado a su pobre vida humana. Le consagró sin reservas sus fuerzas, su tiempo, sus inquietudes, sus cuidados. No esperaba otra recompensa que poder vivir cada vez mejor esta entrega de su vida. Su amor era a la vez dulce y fuerte, tranquilo y ferviente, emotivo y tierno. Podemos representárnoslo tomando al Niño en sus brazos, meciéndole con canciones, acunándole para que duerma, fabricándole pequeños juguetes, estando con Él como hacen los padres, prodigándole sus caricias como actos de adoración y testimonio más profundo de afecto<sup>17</sup>. Constantemente vivió sorprendido de que el Hijo de Dios hubiera querido ser también su hijo. Hemos de pedirle que sepamos nosotros quererle y tratarle como él lo hizo.

1 Mt 1, 16.  
 2 Juan Pablo II, Exhor. Apost. *Redemptoris custos*, 15-VIII-1989  
 3. — 3 F. M. William, *Vida de María*, Herder, Barcelona 1974, p. 59 ss.  
 4 Cfr. San Agustín, *Tratado sobre la virginidad*, I, 4.  
 5 Santo Tomás, *Suma Teológica*, 3, q. 29, a. 1.  
 6 Juan Pablo II, Exhor. Apost. *Familiaris consortio*, 22-XII-1981, 16.  
 7 Cfr. F. M. William, *o. c.*, p. 66.  
 8 J. M<sup>a</sup> Lagrange, *Evangelio según San Lucas*, 3<sup>a</sup> ed., París 1923, p. 33.  
 9 Cfr. Santo Tomás, *o. c.*, 3, q. 36, a. 5. c y ad 2.  
 10 F. Suárez, *José, esposo de María*, Rialp, 3<sup>a</sup> ed., Madrid 1988, p. 50.  
 11 San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, 40.  
 12 Santo Tomás, *Sobre la caridad*, en *Escritos de catequesis*, p. 205.  
 13 *Lc* 2, 27; 33; 41; 48.  
 14 Cfr. *Lc* 3, 23.  
 15 *Lc* 2, 51.  
 16 Cfr. José Antonio del Niño Jesús, *San José, su misión, su tiempo, su vida*. Centro Español de Investigaciones Josefinas, 2<sup>a</sup> ed., Valladolid 1966, p. 137.  
 17 Cfr. M. Gasnier, *Los silencios de San José*, Palabra, 5<sup>a</sup> ed., Madrid 1988, pp. 137-138.



# El amor esponsal y su "éxtasis divino"

Ni las conveniencias sociales ni el atractivo físico son garantías del verdadero amor. Kitty, londinense y protagonista de la película "El velo pintado" (John Curran, 2006), lo experimentó pronto en carne propia tras su matrimonio, como si fuera irremediable. Hacia 1920 se había casado sin convencimiento con Walter, bacteriólogo, y le había sido infiel poco después. Forzada por las circunstancias, acepta acompañarle en una aventura de trabajo y de dolor, luchando contra una epidemia de cólera en un remoto pueblo de China.

## La vida, ¿un velo de apariencias?

Esta película se basa en una novela que tiene el mismo título: "El velo pintado", escrita por Somerset Maugham en 1925. Tras la portada de la novela aparece una frase misteriosa: "... El velo pintado al que quienes viven llaman Vida". Pues bien, esa frase, que da el título al libro, pertenece a un soneto del poeta romántico inglés P.B. Shelley (1792-1822). En el soneto se dice que tras el velo de las apariencias, la vida no esconde amor, sino sólo miedo y oscuridad. Pero en la novela de Maugham, tras el velo de la vida y del amor se puede descubrir un horizonte más profundo y cristiano. Esta novela se llevó al cine primero en 1934 (protagonizada por Greta Garbo) y por segunda vez en nuestros días

Enfoquemos ahora la figura de Kitty, tal como se presenta y se desarrolla en la película. Ella lucha durante largo tiempo por arrancarse el velo que la encierra dentro de sí. Lo consigue cuando va descubriendo que puede ser útil a los que sufren. Al contacto con el dolor, el amor entre los esposos se purifica, también con el testimonio de las religiosas católicas que cuidan de los enfermos en nombre del Evangelio. Kitty aparece así como una nueva Verónica (=verdadero rostro), la mujer que en la devoción cristiana del vía crucis interviene (aunque no se cita en el Evangelio) para enjugar el rostro doliente del Nazareno, y recibe a cambio la imagen de la Santa Faz en su lienzo. Emilia Pardo Bazán recreó esta figura de Berenice en un hermoso relato.

Kitty vence las meras conveniencias sociales (los respetos humanos) y se vence a sí misma para darse a los demás. Al abrir sus compuertas, ese corazón desvela su anhelo más profundo. "Da la cara" y en el velo de su vida queda impreso el "Rostro" del amor. En ella se cumple a la letra lo que Benedicto XVI explica en su primera encíclica: que en la perspectiva cristiana, el eros, sin destruirse, se transforma por el sacrificio en agapé y se diviniza, poniéndose a la altura del único Redentor; pues él ha redimido, de una vez por todas, el sentido del auténtico amor humano, especialmente del amor matrimonial.

Los griegos llamaron eros al amor entre hombre y mujer. Lo describieron como un arrebatado, una "locura divina", que lleva a un "éxtasis" por encima de la razón.

Considerado más en general, el amor es ante todo para vivirlo, para vivir de él y en él, para dejarse conquistar por él y para conquistarlo día a día. Pero también es un gran tema para reflexionar y dialogar.

La primera encíclica de Benedicto XVI "Deus caritas est" (25-XII-2005) recoge la crítica de que el cristianismo ha matado el eros, el amor, y la rebatido, dentro de su propósito global: "Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica" (n. 39).

Se trata, por tanto, de poner el amor en el centro de la existencia personal, en el centro de la vida cristiana y de la Iglesia. El amor, que es comunión entre las personas y que se realiza respetando la diversidad de cada uno y contando también con las dificultades.

Quien lee la encíclica sin prejuicios puede encontrarse con tres sorpresas, por lo que respecta al "éxtasis divino" del amor.

### El "eros", ¿modelo y origen del amor?

Primera sorpresa: el eros puede presentarse como modelo y origen de todo amor. Así lo hace la Biblia al emplear la metáfora del amor sponsal para hablar del amor de Dios por la humanidad.

Cabría preguntar: ¿pero no es más bien el agapé, el amor que da sin esperar nada a cambio, el amor más perfecto? ¿Acaso el Antiguo Testamento no fustiga los excesos y engaños del eros? Ciertamente, pero en ningún caso se niega al eros su característica de gustar lo infinito, lo eterno; sin olvidar, claro está, la necesidad de dominar el puro instinto, para armonizar el cuerpo y el espíritu. Ambos elementos remiten a la relación con Dios. Porque sin Dios, pretender alcanzar la eternidad en el amor sexual, ha observado Ricard María Carles, sería como buscar todas las palabras de una novela en su tapa, o apoyar un precioso capitel sobre un frágil tallo.

Parece fundamental percibir que lo que presenta la encíclica como modelo de todo amor no es el eros sin más, sino el eros que se esfuerza en convertirse en agapé. Esto, no importa repetirlo, exige ante todo el respeto por la persona y la diversidad entre varón y mujer. Con expresión de Jutta Burggraf, "la comunión goza de las diferencias".

### El "eros", llamado a perfeccionarse en el "agapé"

Segunda sorpresa: en el cristianismo el eros se mantiene y se perfecciona. No se trata de que desaparezca la vehemencia del eros cambiándose en la absoluta generosidad del agapé. En realidad, el agapé también necesita recibir; pero resulta que todo lo que recibe se va transformando en capacidad para dar. Esta dinámica sigue el ejemplo y el impulso del amor de Dios, que sin necesitar nada, ama apasionadamente de modo que que en Él no hay resquicio de egoísmo.

### El "eros", icono del amor de Dios

Tercera sorpresa: el eros acaba por ser, en el cristianismo, nada menos que un icono vivo del amor de Dios por la humanidad. Los evangelios presentan a Cristo como el "esposo" de la humanidad, salvada anticipadamente en la Iglesia. Él mismo explica la esencia del amor hablando del grano de trigo que muere para dar fruto, lo que alude a su sacrificio en la Cruz. Por eso, dice la encíclica, agapé es un nombre que en el cristianismo designa la Eucaristía, que es, precisamente la actualización del sacrificio de la Cruz.

Este planteamiento sitúa al amor entre hombre y mujer en el nivel del amor de Cristo, y de la participación de su sacerdocio. Decía Josemaría Escrivá que el lecho matrimonial es como un altar. Con otras palabras: si el Evangelio afirma que el amor "vale más que todos los sacrificios y holocaustos", es porque en unión con Cristo (sobre todo en la Eucaristía) se convierte en verdadero culto a Dios y se traduce en servicio a la humanidad. Este es el auténtico "éxtasis divino" del amor.

"Amor y siempre más amor, es la solución a cada problema que aparece", dijo una campeona de la paz y los derechos humanos (Dorothy Day).



### El verdadero "éxtasis" del amor

El verdadero "éxtasis" del amor consiste en salir de sí mismo para encontrarse con el otro, y en esa comunión, abrirse a Dios y a los demás. Ante todo, la relación con Dios (la oración cada día, la Misa del domingo) es imprescindible para descubrir en el cónyuge la imagen divina. De la misma manera, la atención a las necesidades concretas de la esposa o del esposo es imprescindible para una relación auténtica con Dios.

Observa la encíclica que el amor es divino, porque proviene de Dios y a Dios nos une, superando nuestras divisiones. Con palabras de Gustave Thibon, el amor no es contemplarse y saborearse el uno al otro, sino entregarse ambos a las mismas realidades que comprenden y rebasan los límites egoístas del yo, mediante el esfuerzo y el sacrificio. Su amor transforma a los esposos en un "nosotros" cuya fecundidad se abre a la familia y a todas las personas del mundo, especialmente los más necesitados.

El amor de los esposos es, en suma, la fuente continua, el motor y la belleza de su tarea en el mundo. Y todo lo que es fruto del amor alimenta el amor: la preocupación por los demás con detalles concretos, la coherencia entre la fe y la vida, el "estilo cristiano" del hogar, el tiempo dedicado a los hijos.

Concluyendo, el amor de los esposos está llamado a abrirse a Dios y a los demás. En esta medida puede ser un "modelo" de todo amor, al irse convirtiendo en un reflejo del amor divino. Por eso en el cristianismo el amor de los esposos lleva a rezar y adorar, alcanza la categoría de un verdadero culto a Dios. Es también un servicio eficaz a la humanidad, porque contribuye a aliviar lo que para Teresa de Calcuta era la mayor ignorancia y la mayor miseria: no saber amar.